CUASIMODO

MAGAZINE INTERAMERICANO

No. 5 PANAMA, R. DE P., NOVIEMBRE DE 1919 TOMO II

CONTENIDO

Página

LOS GRANDES ASUNTOS DEL DIA.—
El asunto del Báltico 3
El imperialismo en la China 6
Los Estados Unidos de Irlanda . . . 7
Los prisioneros de guerra 7
El Congreso Industrial de Estados Unidos 8
Intransigencia de los Patronos . . . 10
Primeras impresiones del nuevo Congreso Internacional del Trabajo . . 10
El Tratado de Versalles y los socialistas franceses 12
No dar cuartel 13
Declaraciones de Mr. Asquith 14
La epopeya de Yudenitch 14
La paz con Rusia 15
La voz del Ecuador; el derecho al Trabajo 17
La situación obrera en España . . . 18

FIGURAS DEL PROSCENIO.—
Hiram Johnson 23
D'Annunzio 24
Von der Goltz 28

ACTUACION DE LA MUJER MODERNA.
La señora Montessori en Londres . . . 31
Las mujeres chinas en la política . . . 33
Estado actual de la campaña feminista en Estados Unidos 34
Un artículo de «The New Republic» . . 35
El voto de las mujeres en Francia . . . 36

ARTE Y LETRAS.—
Los más famosos pianistas de hoy . . . 37
Los teatros de Madrid 40
El último drada de Bernard Shaw . . . 41
La nueva alegoría de la guerra trazada por Román Rolland 49
Opinión del biógrafo de Tolstoy sobre el bolshevismo 50
Crítica contra Kipling 51
Blasco Ibáñez juzgado por una escritora inglesa 52

TRABAJOS NOTABLES.—
Un gran discurso de Anatole France... 54
El niño en el hogar, por el Dr. Liber. 56
La Alanza y la Liga, por Braislford.. 58
Matanza de niños como nuevo sport internacional, por Bernard Shaw . . . 61
Dos editoriales de «New Republic» sobre la huelga del acero 63
Los dos terrores—el rojo y el blanco—, por Lausburry 69
El costo de la vida y el Gobierno obrero de Kueensland 71
Revelaciones acerca de Mr. Carnegie, por un ex-Senador 73
Niños sin alimento 74

NUESTROS PROFESORES DE IDEALISMO EN AMERICA.—
Agustín Alvarez, por Julio R. Barcos.. 77

COLABORACION.—
La nueva Cruzada, por H. Tejera . . 80
Armando Donoso, un crítico eminente, por O. Méndez Pereira 81

AQUILATACIONES.—
La leyenda benaventina, por Nemesio Canales 84

NOTAS PANAMEÑAS, por el Dr. J. D. Moscote 88

NOTICIAS DEL MUNDO CIENTIFICO.—
Un descubrimiento prodigioso 97

CUASIMODO en el Exterior 98

GUIJAS Y GUIÑOS, por N. Canales . . . 99

NUESTRA COLABORACION

No nos hacemos solidarios de los trabajos que ven la luz en este periódico con firmas responsables.

AL LECTOR

Si crees, lector, que nuestra labor es buena y la ves con simpatía, sal del platonismo infecundo y muéstrate hombre a la moderna ayudándonos prácticamente: suscríbete y suscribe a tus amigos. Es cuanto espera de tí CUASIMODO: bien poca cosa es. Si no hay agente en tu pueblo, escríbenos, y si lo hay, ayúdalo. Sólo mediante el constante y creciente apoyo de los simpatizadores es que podremos resistir la hostilización perenne de los adversarios y seguir sirviéndole a la causa.

Los grandes asuntos del día

(NOTAS DEL DIRECTOR)

El asunto del Báltico

DESPUES del asunto de Fiume, que sigue dando juego, pero que ya no es sensacional (ahora se envejecen los asuntos en un mes), el que ha venido a ocupar el primer rango entre los grandes líos internacionales, es el que surgió en las provincias del Báltico con mottivo de la actitud de aparente rebeldía asumida allí por las tropas alemanas.

Difícil es formar juicio acerca de esta cuestión, ya que son contradictorias las versiones que acerca de ella encontramos en los periódicos mejor informados. El «Herald», por ejemplo, sostiene que las tropas de Von der Goltz, aunque obrando en aparente desobediencia del Gobierno alemán, están de acuerdo con éste, que se proponía jugarle una mala pasada nueva a la Entente por virtud de la cual se alzaría de nuevo en Rusia con el santo y la limosna. Y asegura también el «Herald» que Von der Goltz, y su acólito el aventurero Avaloff, se entienden por bajo cuerda con los bolsheviquis.

Pero como el mismo «Herald» asegura que los Barones del Báltico, los grandes terratenientes alemanes que se reparten casi todo cuanto hay de riqueza agrícola en aquellas tierras, son los que sostienen con su dinero a las tropas de Von der Goltz,... llega un momento en que nuestras tragaderas, por grandes que sean, se resisten a tragar más borra informatitva de esta clase, y se queda uno como antes de haber leído.

¿Cómo diablos se puede ser a un tiempo mismo auxiliar y aliado de estos gordos terratenientes alemanes denominados los Barones del Báltico y amigo de los bolsheviquis, cuando los tales Barones y los bolsheviquis son entre sí los más jurados e irreconciliables enemigos?

Lo que parece haber realmente en el fondo de todo esto es una pelea de compadres, si es que esta misma pelea de compadres no es una mera simulación. Los compadres eran—y esto lo reconoce el mismo «Herald» —de un lado, los imperialistas de la Entente, que habían resueltto aprovechar las tropas alemanas de Von der Goltz que aun quedaban en el Báltico para un golpe decisivo contra los bolsheviquis (repito que esto se echa de ver claro en el mismo «Herald»), y del otro, los capitalistas e imperialistas alemanes, que con esta combinación aspiraban a matar dos pájaros con la misma pedrada: al par que combatían el bolshevismo en Rusia, concentraban una fuerza militar formidable que les permitiría restaurar al Kaiser y volver a establecer el predominio de la casta militar. Parece que estas maniobras—que le daban a Alemania de nuevo un poder militar y comercial peligroso—alarmó a la Entente y echó a perder la jugada, si es que en pie.
en realidad la tal jugada no sigue todavía

Pero sea de ello lo que quiera, lo que está comprobado ya hasta la saciedad por la misma prensa capitalista (que llora sin consuelo la pérdida del gran mercado de Rusia: para la prensa capitalista la única cosa grande que hay en el mundo son los mercados) es que Von der Goltz y su gente eran y son enemigos feroces del bolshevismo, al que están combatiendo a sangre y fuego. Y en apoyo de esta creencia nuestra, nada más oportuno y aplastante que el terrible episodio que nos relata en el periódico imperialista «New York American» el Teniente del ejército americano Frank O. Johnson.

Este Teniente formaba parte de la misión americana que salió desde Rotterdan para Rusia en Mayo 17 de este año. Johnson iba en la capacidad de representante encargado de hacer un record cinematográfico de los trabajos de la «American Relief Administration» que funcionaba allí bajo la dirección inmediata de Herbert Hoover.

Cuenta Johnson que cuando los siete oficiales de la Misión americana llegaron a Mitau, el oficial aposentador les recibió con es-

tas palabras: "Tengo un gran obsequio preparado para ustedes. ¿Cómo les gustaría presenciar una ejecución de bolsheviquis?" Y ahora le cedemos a él mismo la palabra:

"Al anuncio de este proyecto de ejecución de diez y ocho bolsheviquis por los alemanes, se despertó en nosotros la decidida resolución de presenciarla. El oficial aposentador había hecho ya las gestiones necesarias al efecto, y a las seis de la noche un automóvil, que conducía al Coronel Greene, a su ayudante y a mí, juntamente con mi cámara cinematográfica, salía del hotel con rumbo al lúgubre patio de una cárcel en las afueras de la ciudad.

Durante una hora permanecimos en el sombrío patio de Mitau en aquella noche fatal de Mayo 26. El aire estaba cargado de la tensión eléctrica de una inminente tragedia. Sabíamos que en cualquier momento la pesada puerta de hierro quedaría abierta y que del fondo de la cárcel saldría un grupo de hombres marchando en fila hacia la muerte. Estábamos allí para presenciar la ejecución, no en calidad de mórbidos espectadores de una escena terrible, sino para registrar los detalles exactos de la manera más humana y más fiel: bajo los ojos de la cámara cinematográfica.

"Los prisioneros eran convictos bolsheviquis, los ejecutores eran alemanes, y el resto éramos oficiales del ejército de los Estados Unidos pertenecientes a la Misión americana en Rusia. Y de todos los presentes era la nuestra la única representación de humanidad y justicia: humanidad, porque habíamos traído el primer cargamento de provisiones a las hambrientas multitudes del Báltico en un período de cuatro años, y justicia, porque ahora indagábamos la verdad de los informes acerca de las operaciones que los alemanes habían emprendido en el frente oriental a nombre de la llamada expulsión del bolshevismo.

"Los encargados de la ejecución se reían y bromeaban a todo esto, pues las ejecuciones bolsheviquis, según nos habían enterado, eran asunto de casi diaria ocurrencia en Mitau.

"Casi habíamos agotado nuestros cigarrillos, pues les habíamos dado un paquete a las autoridades como precio del permiso para presenciar con nuestra cámara la escena. ¡Un paquete de cigarrillos a cambio de presenciar la ejecución de 18 hombres para hacer una película cinematográfica! Ya ellos habían comenzado a inquietarse por temor de que la noche viniese antes de que se pudiera tomar la película. Enviaron, por tanto, un mensajero al pueblo para que activase el despacho de los mandamientos de ejecución, pero finalmente fue necesario mandar nuestros propios automóviles a buscarlos.

"A través del gris y sosegado río, el sol se hundía en medio de un gran resplandor rojo, símbolo de la tragedia que estaba a punto de desarrollarse ante nosotros. ¿Pero es que no iba a terminar la larga espera?

"Por fin se abrió la puerta. Un pelotón de guardias que usaban la insignia de hierro del ejército alemán salió del interior y se colocó en dos filas con bayoneta calada. Y por entre las dos filas de soldados empezaron a caminar unos hombres trémulos, asustados, que vestían harapos y tenían los ojos hundidos. Ellos ignoraban todavía si aquello significaba un nuevo respiro para sus vidas o la muerte inmediata.

"Cada una de sus furtivas miradas buscaba en silencio alguna señal de esperanza, algún signo de lo que les esperaba. Algunos de ellos no eran más que muchachos. Aquellos, pues, eran los bolsheviquis... los bolsheviquis que nosotros habíamos venido a Rusia a estudiar! Era la primera vez que veíamos de cerca ejemplares de lo que se nos había dicho era el corazón del bolshevismo báltico y nuestra atención se concentró con una fijeza extraordinaria en aquel grupo de condenados que desfilaba ante nuestra vista.

"Un oficial del ejércitto dió una orden lacónica y nos hizo una señal a nosotros. Era que estaba desempeñando la primera parte de su compromiso a cambio del paquete de cigarrillos que habíamos traído. Se ordenó a los reos que de cuatro en fondo se colocaran frente a la cámara. Ninguno de ellos había visto antes una cámara cinematográfica, así que se quedaron mirándola indecisos y como recelosos ante la posibilidad de que aquello que veían significase una nueva forma de muerte repentina para ellos.

"Otra orden lacónica, y la pequeña procesión de reos comenzó a salir del patio a la calle, en tanto que nosotros nos metimos, con la cámara, dentro de un automóvil para seguirles. Ya no les quedaba duda a los reos de lo que les esperaba, pues su camino no iba en dirección a la ciudad sino en dirección al campo, que empezaba entonces a teñirse del verde matiz de la primavera. El enrojecido sol descendía más

y más, pero quedaba luz bastante todavía para no perder la escena.

"La fila silenciosa que avanzaba a la cabeza de nosotros giró de pronto hacia un espacio abierto. Junto a una derruída pared de ladrillo, se divisaba una zanja honda cavada precisamente para la recepción de los reos. En su borde se colocaron los condenados y otra vez volvió a oírse la voz de mando del oficial. Se les ordenaba que se quitaran los zapatos, pues el cuero escaseaba mucho en Rusia y hasta los zapatos de los campesinos muertos tenían valor.

"Los prisioneros fueron quitándose los zapatos, mudos y cabizbajos. No se oía una sola palabra, y aquel gran silencio sólo interrumpido por el constante repiqueteo de la cámara, llegó a hacerse hasta físicamente angustioso para nosotros. Ella, la cámara, tenía una misión que desempeñar que ni la muerte misma podía interrumpir. Luego se ordenó a los prisioneros se echaran en tierra.

"Las bayonetas les apuntaron al pecho por todo el tiempo que duró la lectura de los mandamientos. Era esta la última formalidad que iban a presenciar antes de que se moviese el gatillo que los habría de enviar a la eternidad.

"Se ordenó que fueran, por grupos de tres, colocándose al borde de la trinchera, en tanto que el resto permanecía acostado en el suelo. No había en su paso ni vacilación ni resistencia. Nada sino una suerte de sombrío, desesperado estoicismo. Uno de los más jóvenes corrió a la trinchera cuando le vino el turno, y cuando la cámara lo enfocó sonrió con sarcasmo. El pelotón de seis soldados trabajó sin inmutarse. Los hombres estaban ya acostumbrados. Tres de ellos se arrodillaron para apuntar bien al corazón. Tres de ellos permanecieron de pié para tomar buena puntería de la cabeza. Algunos de los reos usaban todavía sus gorros cuando cayeron en la trinchera. Nuestra cámara a menudo cogía la visión de los sombreros cuando volaban al mismo tiempo que la cabeza de su dueño caía.

"Después de los primeros tres o cuatro grupos de tres despachados, se apoderó del resto de los que esperaban turno un terror indescriptible. En una ocasión el trío de condenados se arrodilló al borde de la trinchera y se le tuvo que poner de pie a la fuerza. La cámara les sorprendió en esta posición, con los ojos abiertos desmesuradamente sobre sus muertos compañeros a quienes iban a reunirse en breve.

"Por fin todo terminó. La ejecución completa no había durado más de diez minutos. En el Báltico han aprendido a hacer estas cosas rápidamente."

Después nos refiere el Teniente Johnson que el problema para ellos entonces era el del medio más rápido y seguro de hacer llegar a París la película. Resolvieron, por fin, que el Coronel Greene, el Jefe de la misión americana, que también había presenciado la ejecución, llevase él mismo la película para ponerla en las manos del presidente Wilson. Y agrega el Teniente que nunca un oficial del ejército americano fue portador de un objeto semejante y nunca éste había sido más celosamente guardado.

"Tres días antes de la salida del presidente Wilson para los Estados Unidos, la película se exhibió ante los delegados a las Conferencias de la Paz. Se les había dicho que la película sería pasada en veinte minutos, pero los delegados tuvieron que permanecer más de una hora presenciando la serie de cuadros.

"Cuando se terminó, el presidente Wilson se levantó muy conmovido y pálido de su asiento, y, volviéndose hacia los delegados, exclamó con voz entrecortada: 'Señores, de otro modo nunca hubiera yo creído que tales cosas pasaban en el mundo aún! Las palabras solamente no me lo hubieran podido hacer creer... esto es terrible! Los caballeros que han tomado esta película, ciertamente que le han prestado a la humanidad un gran servicio.'

"Al día siguiente los gobiernos aliados daban una orden terminante para la evacuación del ejército alemán de las regiones del Báltico que ocupaban.

¡Oh, Mr. Wilson! Su alma demostró ante la película del Teniente Johnson que no está hecha del mismo grosero material humano que otras almas de las que han compartido con usted el formidable privilegio de gobernar el mundo desde París! Su alma se sublevó y su rostro se tiñó de lividez ante la barbarie de la soldadesca alemana en las regiones del Báltico... y esta noble reacción era de esperarse en un hombre como usted. Pero lo que no era de esperarse, porque es ilógico y absurdo, porque no guarda relación con sus palabras y sus actos de antes de la guerra, es que el mismo hombre cuyo corazón se estremeció y cuyo rostro empalideció ante este cuadro de barbarie, no temblase también y no empalideciese ante actos de crueldad realizados por sus amigos y aliados en una escala mucho mayor de inhumanidad que la que el Teniente Johnson registró en su película. ¡Oh, Mr. Wilson! ¿Por qué us-

ted no se pone pálido también ante las hecatombes producidas por los feroces czaristas de Koltchack y Denikin, y ante las matanzas de judíos realizadas por los polacos, y ante las fechorías inauditas, de sangre y robo, de Rumania en Hungría, y, sobre todo, ante el cinturón de hierro y fuego que estrangula de hambre—hablo del bloqueo inglés—a millones y millones de inermes e inocentes mujeres, niños y ancianos en el corazón mismo de esa Rusia que fué la primera en salvar al mundo del monstruo del militarismo alemán? ¡Oh, Mr. Wilson!...

El Imperialismo en la China

El nuevo embajador nombrado por el Japón para representarle en los Estados Unidos ha hecho un discurso hace poco en el que ha tocado, aunque muy de soslayo, la cuestión de Shantung. Por la Prensa Asociada sabemos que el nuevo Embajador japonés ha dicho: "El Japón iniciará negociaciones con China para la devolución a este país de la soberanía política y territotrial de Shantung, veinticuatro horas después que sea ratificado el Tratado."

Fíjese el lector en que este cuco Embajador no dice nada acerca de las concesiones económicas de que goza el Japón en Shantung. ¿Y qué vale la soberanía política sin la soberanía económica? ¿De qué vale que le devuelvan a China la cáscara de la naranja dejando en manos del Japón toda la pulpa? ¿Quién ignora que el dueño de un país no es el que lo gobierne ostensiblemente desde un palacio, sino el que posee y maneja sus fuentes de producción?

Bueno es fijarse bien en este asuntito de las diferencias entre el Japón y la China, porque en él encontramos a la mano, a poco que escarbemos, descubrimientos muy curiosos e instructivos.

Se ha hablado mucho en el mundo acerca de la debilidad de los Poderes aliados al permitirle al Japón se tragara bonitamente un pedazo de China. Y para explicar esta debilidad, se ha alegado que hubo que ceder a las exigencias del Japón para lograr su adhesión a la Liga de Naciones. Pero de lo que nadie ha hablado una palabra en la prensa grande es, precisamente, de lo que constituye el nudo y la clave de todo el embrollo.

¿Han olvidado ustedes aquello de las «esferas de influencia» que la diplomacia mundial barajaba tanto antes de la guerra? Pues bien, en estas «esferas de influencia» es que encontramos la madre del cordero. Las grandes naciones de Europa se habían ido introduciendo en China y apoderándose de ella por medio de las consabidas esferas. Estas grandes naciones fueron, por consiguiente, las primeras en dar comienzo al proceso de engullirse a China. Alemania llegó retrasada al banquete, y al apoderarse de Shantung no hizo más que seguir el ejemplo que hacía muchos años le estaban dando Inglaterra y Francia. ¿Cómo pedirle, pues, al imperialismo francés e inglés que rechazase las demandas japonesas en Shantung, poniéndose así en peligro de soltar ellos también sus presas?

Un mapa de China donde estuviesen marcadas las susodichas esferas de influencia que poseen en este país Inglaterra, Francia y el Japón, nos convencería en seguida de que todo el celeste imperio, a excepción de cuatro provincias, está bajo el dominio extranjero. La esfera inglesa se extiende desde el Tibet al Oeste hasta los mares del Este: ésta es la más grande de las esferas extranjeras. La esfera del Japón abarca a Korea, Shantung, Manchuria y la isla de Formosa. La de Francia cubre dos provincias importantes que colindan con Indo-China. Las tres potencias juntas tienen, pues, bajo su dominio, casi la mitad de China, de acuerdo con tratados muy correctos y elocuentes en que lo único que falta es el consentimiento de la China.

Ahora se espera de nosotros, los espectadores neutrales de estos negocitos, que creamos de buena fe en la posibilidad de que estos tres imperialismos juntos, tan luego como se reúnan fraternalmente en el seno de la Liga de Naciones, le habrán de hacer «justicia» a China en el asunto de Shantung, cuando se ratifique el Tratado de Paz. Pero para creer en la posibilidad de este milagro habría que olvidar que esta promesa que el Embajador japonés le hace ahora a China, es la misma que le hizo el Japón a Korea, y la misma que le hizo Inglaterra a Egipto, sin embargo de las cuales tanto Korea como Egipto se encuentran ahora bajo las bayonetas de las potencias prometedoras.

Además, ¿cómo va uno a creer que así como así el Japón ha de ser tan tonto que entregue esa tajada de Shantung a la China, dejando al mismo tiempo al imperialismo de las otras dos potencias aliadas en posesión pacífica de sus dos enormes «esferas» en China?. Precisamente, si el Japón se hizo una potencia imperialista, armándose hasta los dientes, fué a causa del peligro que para ella representaba la expansión del imperialismo inglés y francés en Asia. Para el Japón no había más que uno de estos dos caminos, o esperar resignada la suerte misma de los chinos, o apresurarse a convertirse en un poder imperialista ella también.

El problema de China es el mismo de todos los pueblos débiles del mundo. Su única esperanza está en sí misma y en la fuerza que pueda desarrollar para luchar con los explotadores extranjeros, sin prestar oído a las falaces promesas de una diplomacia solapada y embustera que ha hecho del arte de la mentira una profesión. Para poner fin a estos gatuperios, a estas rapiñas internacionales que constituyen tan corruptor espectáculo para las generaciones jóvenes, no queda otra esperanza que la del despertar de los trabajadores del mundo, que son los que han prestado la sumisa espálda para que sobre ellos se alce, voraz y sanguinario, el monstruo del imperialismo mundial. Este imperialismo no es francés, ni inglés, ni americano, ni japonés, ni alemán. Es de todas partes, y se disfraza en todas partes con el color nacional más conveniente, pero ya es sabido que para él no existen naciones, ni hombres, ni principios, sino mercados donde cebarse y hombres ignorantes que, al conjuro de un himno patriótico cualquiera, se presten a matar y a dejarse matar en la conquista de dichos mercados.

Los Estados Unidos de Irlanda

Por un cable de la Agencia «United News» nos enteramos de que el Gobierno inglés está en vías de encontrarle solución al problema de Irlanda mediante una constitución política peculiar que se ha bautizado ya con el nombre de «Estados Unidos de Irlanda».

Tratando de conciliar las demandas regionalistas radicales de los nacionalistas con la reconocida resistencia del distrito de Ulster a todo plan autonómico, el Gobierno, según las más autorizadas versiones, estudia hace tiempo un plan para que Irlanda quede dividida en dos secciones, Norte y Sur, teniendo cada una de ellas una legislatura local con jurisdicción exclusiva sobre su propio territotrio.

Estas dos legislaturas elegirían representantes para un Congreso central que tendría todo el poder suficiente para resolver los asuntos de Irlanda. Ninguna de las dos legislaturas locales tendría derecho a intervenir en los asuntos que tuviesen lugar en la zona de la otra. Sólo el Congreso central podría intervenir en los «asuntos internos» de cualquiera de las dos zonas y aun en este caso sólo por consentimiento de ambas legislaturas locales.

Es probable que el sistema inicial para el desarrollo de este plan consista en la formación de una especie de comité, en el seno del cual estén representadas ambas facciones. Los defensores del nuevo plan tienen la esperanza de que esto vaya adquiriendo el carácter de un Congreso regular semejante al de los Estados Unidos a medida que las dos facciones se vayan acostumbrando a estar en contacto.

Aunque es seguro que todo plan ha de tropesar con la oposición de los independentistas, se cree que este es el que menos antipatía provocará. Parece también que dicho plan es el único medio que se considera posible para conciliar aspiraciones tan opuestas como las que se combaten en el seno de Irlanda.

La «United News» comunica que uno de los más prominentes líderes de Ulster declaró a propósito del nuevo plan: "Es una proposición razonable; realmente no hay nada en ella que Ulster pudiera combatir por la fuerza. La más fuerte oposición es probable que venga de los nacionalistas más bien que de Ulster."

La actitud de Ulster parece ser la de que el estado actual es preferible, si es posible conservarlo, pero que en su defecto el plan de los Estados Unidos de Irlanda es muy aceptable.

Aunque los más decididos nacionalistas continuarán exigiendo se les conceda un parlamento «del todo irlandés», o nada, en los círculos bien informados se considera probable persuadirles a que acepten el referido plan como una transacción entre conservadores y radicales.

Los prisioneros de guerra

En el curso de las sesiones del Congreso Socialista Internacional que se reunió en Lucerna a principios de Agosto se exhibió una estadística muy chocante que muestra cómo millón y medio de seres humanos están viviendo todavía en un estado de completa esclavitud, a causa de que, aunque la paz fué declarada hace tantos meses, los prisioneros de guerra continúan todavía bajo el yugo de los varios gobiernos beligerantes. A continuación van algunas de las cifras:

De 800,000 alemanes prisioneros, 345,000 son detenidos por Francia, 200.000 por Inglaterra, 50,000 por los Estados Unidos, 50,000 por Bélgica y 50,000 por Servia y Rumania.

De 300,000 prisioneros rusos, 240,000 están en Alemania y el resto en Francia.

De 110,000 prisioneros búlgaros, 80,000 permanecen en Macedonia y 30,000 están distribuídos entre Francia, Serbia y Grecia.

El Congreso Internacional protestó en una resolución muy elocuente contra este estado de cosas "que mantiene en un verdadero estado de esclavitud a una población de 1,500,

000 seres humanos, cuyas condiciones de vida y trabajo, agravadas terriblemente desde el armisticio, a menudo les priva hasta de la posibilidad de comunicarse con sus desoladas familias, las que frecuentemente no pueden ni siquiera descubrir si sus padres, sus hijos o maridos están sanos o enfermos, y ni siquiera si están vivos o muertos."

El Congreso Industrial de Estados Unidos.—La retirada de los Representantes Obreros

Dada la constitución interna de este Congreso, en el que los verdaderos representantes del obrero organizado constituían una minoría tan exigua, no había que esperar gran cosa de su labor. Y hasta el mismo Mr. Gompers, que hoy día está con razón considerado como uno de los líderes obreros más reaccionarios, se encontró a poco de iniciarse las sesiones con una muralla china formada por los representantes del público y por los del capital, contra la que se estrellaban una tras otra todas sus propuestas.

Cada momento de esta sesión del 22 de Octubre resultó por demás interesante y dramática. Se abrió la sesión con la lectura por el Secretario Lane de una carta del Presidente Wilson escrita en su lecho de enfermo. La carta decía así:

«Señoras y caballeros del Congreso Industrial:

Me he enterado por vuestro presidente de que habéis llegado a una situación que parece una amenaza para la vida de vuestro Congreso, y es por ello que me permito dirigirles una palabra de solemne invocación a vuestro americanismo. No me incumbe a mí el hacer la crítica de la situación actual. No hablo con espíritu de crítica para ningún individuo o ningún grupo. Pero habiendo convocado esta conferencia, creo que mi indisposición temporal no debe constituír un obstáculo a una franca expresión de la gravedad de las condiciones en que se encontraría este país si vosotros terminásais vuestras sesiones sin haber convencido al pueblo americano de que habéis agotado todos vuestros recursos y toda vuestra paciencia en un común esfuerzo para llegar a un común acuerdo.

En un momento en que las naciones del mundo están tratando de encontrar el medio de evitar la guerra internacional, ¿vamos a confesar nosotros que no hay posibilidad ninguna de hallar un método para regir la industria que no esté inspirado en el espíritu mismo y en los métodos mismos de la guerra? ¿Es que sólo la suspicacia, y el odio, y la fuerza, han de guiar nuestros pasos en la vida civil? ¿Van nuestros líderes industriales y nuestros trabajadores industriales a vivir juntos sin ninguna fe mutua, luchando constantemente por conseguir ventajas los unos sobre los otros, y no cediendo sino ante la fuerza?

Amigos míos, esto sería una prespectiva intolerable, un espectáculo indigno de las grandes cosas hechas por este pueblo en el dominio de este continente. En realidad, constituiría una invitación al desastre nacional. Mi mente se aparta horrorizada de tal posibilidad, pues continúo confiado en que en esta tierra hemos aprendido ya a aceptar el fallo colectivo en todas aquellas cuestiones que afectan al bienestar público. Tal es, a mi juicio, el verdadero espíritu de la democracia.

Es mi creencia que ustedes están divididos sólo en una parte de un programa, posiblemente muy grande, que no ha sido todavía desarrollado. Antes de que se efectúe una ruptura, a causa de las diferencias actuales, creo que deberíais propender juntos al desarrollo de ese programa total que abarcase las múltiples cuestiones puestas bajo vuestra amplia jurisdicción. Cuando este Congreso se convocó, yo estaba convencido de que vosotros os preocuparíais del descubrimiento de aquellos métodos que tienden a asegurar un procedimiento de cooperación, y de que, si existe la necesidad de modelar una nueva maquinaria que reduzca al mínimum los conflictos posibles entre patronos y obreros, que habríamos de realizar un esfuerzo serio para adoptarla.

No es posible esperar que a cada paso todas las partes estén de acuerdo a cada proposición o método propugnados. Pero es de esperarse, sin embargo, que en conjunto pueda llegarse a un acuerdo para un plan o programa que determine un avance en la capacidad productiva de América mediante el establecimiento de una cooperación más firme y cordial entre todos los elementos consagrados a la industria. El público espera de vosotros que, por lo menos, no perdáis de vista esa finalidad y que os mantengáis juntos hasta hallar el camino que conduzca a tal objeto, o hasta que se descubra que los hombres que trabajan y los hombres que administran la industria americana se han desviado tanto en sentidos divergentes, que todo ensayo de cooperación está condenado a fracasar.

Yo reitero mi súplica a ustedes con plena apreciación de la casi incomparable importancia de vuestras tareas para este y otros pueblos, y con fe completa en que el alto

patriotismo y la buena fe de todos vosotros habrán de impulsaros a llevar vuestras tareas a una feliz conclusión.

(firmado).—Woodrow Wilson.»

Leída esta carta, un voto de gracias le fue acordado por unanimidad al presidente Wilson, después de lo cual vino un receso para que los grupos respectivos—Público, Capital y Trabajo—se pusieran de acuerdo en cuanto al plan que debían seguir.

El grupo obrero, no obstante haber agotado ya todos sus esfuerzos conciliatorios, resolvió someter una vez más a la consideración y voto del Congreso la cuestión de la contratación colectiva. La proposición fue redactada de nuevo, a fin de despojarla de toda aspereza, hasta quedar redactada así:

«El derecho de todo trabajador a jornal a organizarse sin ninguna restricción, a contratar colectivamente, a ser representado por personas designadas de su libre y espontáneo acuerdo en toda clase de gestiones

sentando el debate en este Congreso, ha quedado perfectamente claro que el designio de esta proposición no es otro que el de solicitar del Congreso la adopción de un acuerdo que imponga, si es posible, a cientos de miles de patronos en todo el país el reconocimiento de las Uniones Obreras, quieran que no quieran, forzando a dichos patronos a tratar con las Uniones Obreras contra su voluntad. Ahora bien, esta proposición, aunque en materia de palabras no va tan lejos como las anteriores, ya sabemos que las palabras no deciden, sino la idea detrás de las palabras. Y si el grupo de los patronos adoptase esta proposición, se presentaría esto ante el mundo como una concesión por la cual este grupo reconocería la necesidad de la sindicación de todos los establecimientos industriales del país y la forma de contratación colectiva que las Uniones Obreras defienden con exclusión de toda otra clase de contratación. Me veo, pues, obligado a oponerme a esta

más tiempo sin protesta de nuestra conciencia. Pero tenemos responsabilidades tremendas para con los millones de obreros y los seres que de ellos dependen y tenemos que cumplir estas obligaciones.

Sentimos que una proposición como la que hemos hecho haya sido rechazada. Pero se trata ya de un hecho consumado, y no hay sino que reconocer que el guante está lanzado. Nosotros nos hemos esforzado, por todos los medios a nuestro alcance, en cumplir lo solicitado por ese gran hombre que yace ahora en el lecho del dolor, el Presidente de los Estados Unidos, por quien sentimos una admiración y un amor imposibles de expresar.

Señor Presidente y señores delegados: por la cortesía que nos habéis mostrado, os estamos profundamente agradecidos, pero no nos es posible por más tiempo permanecer entre vosotros».

Intransigencia de los patronos

Para que se vea hasta qué punto es general la impresión causada por la intolerancia inconcebible de los patronos, basta con conocer la opinión de uno de los más fuertes capitalistas de los Estados Unidos, Mr. Henry B. Endicott, uno de los representantes del público en el Congreso, quien al día siguiente, hablando con un reporter del «Christian Science Monitor», manifestó rotundamente "que toda la culpa del fracaso del Congreso la tenía el grupo de los capitalistas." Según él, los capitalistas no mostraron la menor señal en ninguna ocasión de estar dispuestos a aceptar fórmula alguna de transacción. Mr. Endicott manifestó que una actitud menos intransigente de parte de los capitalistas no habría significado, como pretenden ellos, que se rendían incondicionalmente a las exigencias de los obreros, sino un mero reconocimiento del progreso de los tiempos. En su opinión, la actitud del grupo de los patronos está más en armonía con las prácticas y tendencias de hace veinte años que con las prácticas y tendencias de hoy. Agregó que el grupo de los patronos había adoptado una actitud que concedía menos a los obreros de lo que ya se les ha concedido prácticamente en miles de establecimientos del país. Mr. Endicott terminó manifestando que aunque él no era un simpatizador del obrerismo organizado, se inclinaba siempre en favor de la justicia y que a su juicio el grupo de los patronos no demostró la menor tendencia a reconocer otros derechos que los derechos de los patronos.

El nuevo Congreso Internacional del Trabajo.—Primeras impresiones

El miércoles 29 de Octubre quedó abierto el primer «Congreso Internacional del Trabajo» que se celebra de acuerdo con las disposiciones del Tratado de Paz y la Liga de Naciones. A toda prisa hemos recogido las notas que siguen.

El Congreso se celebra en el edificio panamericano, salón de las Américas. La palabra «Pax» orlada con entrelazadas ramas de palma aparece en las paredes. En la plataforma del centro, frente a dos grandes banderas americanas, se extiende una fila de banderas más pequeñas de los 32 países representados en la Asamblea.

Las mesas de los delegados están distribuídas por grupos numerados entre los países respectivos y señaladas además por banderas pequeñas. Cada delegado tiene derecho a dos auxiliares o asesores que han de permanecer siempre en el salón.

A la apertura de la Asamblea concurrieron muchos de los trabajadores extranjeros. Dos de los delegados por la India, supuestos representantes de los obreros, vestían el pintoresco traje usado por su clase en su país. Había presentes unos 50 japoneses, dos representantes de la China y uno de Siam. El Imperio inglés estaba representado por delegaciones de Inglaterra, Canadá, Africa del Sur y la India.

El discruso de apertura lo pronunció William B. Wilson, el Secretario del Trabajo en los Estados Unidos. Mr Wilson cerró su discurso con estas palabras:

> «Cualquiera resolución adoptada por este Congreso que no le dé la debida consideración al hecho de que los trabajadores del mundo son seres humanos vivientes, con derecho a todas las esperanzas y aspiraciones que Dios ha infundido al corazón humano, faltará a los fines a que responde la creación de este cuerpo».

El dinero para costear los gastos conducentes a la celebración del Congreso ha sido suministrado por el Gobierno inglés. Existe una partida destinada a este fin en el presupuesto de la Liga de Naciones, pero como no había tomado acuerdo todavía acerca de la solicitud que le hizo el Secretario del Trabajo para que votase los fondos necesarios, todos los gastos han tenido que ser cubiertos por Inglaterra, que tendrá que acudir al Tesoro de la Liga cuando exista para reembolsarse lo gastado.

Informe de la Comisión organizadora

El informe de la Comisión organizadora fue presentado por Arturo Fontaine, director del Departamento del Trabajo en Francia. Mr. Fontaine hizo la historia de los trabajos de la Comisión desde que se reunio en París el 14 de Abril. La Comisión propuso el nombramiento de 8 representantes, designados de acuerdo con la importancia industrial de los países interesados, para constituír el cuerpo directivo de la Oficina Internacional del Trabajo, como sigue:

Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Japón, Suiza, España, en la inteligencia de que en caso de que Alemania fuese admitida a la organización internacional del Trabajo, a España le correspondería el rango noveno. A esta lista presentaron objeciones el Canadá, Polonia y Suecia.

El representante del Ecuador J. Cueva García solicitó que se suministraran traducciones en español de todos los procedimientos de la Asamblea, alegando al efecto que 25 personas de las que figuran en el Congreso hablan español y que 18 naciones de habla española están representadas. Esta proposición fue defendida también por el Vizconde de Eza, español. El idioma usado en el Congreso hasta entonces había sido el inglés y el francés. Se pospuso la resolución para ulteriores sesiones.

La admisión de Alemania y Austria

Arturo Fontaine, a nombre de la Comisión organizadora, fue el que presentó la moción en que solicitaba la admisión inmediata de los representantes obreros de Alemania y Austria.

A esta proposición se opuso enérgicamente Louis Guerin, representante de la sección de los patronos de Francia y procedente de una región de las que fueron invadidas primero por el enemigo. Mr. Guerin dijo que cuando él salió de París no tenía la intención de oponerse a la admisión de los austriacos y alemanes, pero que él entendía que esta admisión tendría lugar al final y no al principio de las sesiones. Y agregó: «Los intereses económicos, las cuestiones de dinero no son lo único que hay en la vida, y aunque no quiero aparecer como jingoista, opino que alguna distinción debe hacerse entre las naciones que procedieron contra nosotros como bárbaras y aquellas que sólo defendieron sus derechos». Llamó también la atención acerca del hecho de que «en realidad la paz no está firmada todavía entre los Estados Unidos y las potencias adversarias, ya que el Tratado no ha sido ratificado aún por los Estados Unidos y en ciertas regiones se sigue peleando». «Es importante»—declaró—«que la nación que ha tratado los convenios internacionales como pedazos de papel no sea colocada al mismo nivel de otras naciones que han respetado los tratados internacionales».

León Jouhaux, representante de los obreros en la delegación francesa, se levantó a replicar al discurso de Mr. Guerin, comenzando por sostener que éste estaba equivocado al decir que habían salido los delegados de París con la idea de que los alemanes no serían admitidos hasta el fin de las sesiones. Dijo que muchos meses antes había sido acordado que los obreros de todas las naciones deberían participar en los procedimientos de la Asamblea, ya que ésta aspiraba a tener una importancia mundial. Y agregó: «La lógica y el sentimiento nos impulsan a ello; y nosotros no debemos desviarnos de la senda de la lógica si no queremos exponernos a caer en nuestras propias redes. Una de las cuestiones que vamos a debatir aquí es la del día de ocho horas. Sería imposible imponer la resolución que adoptemos sobre este asunto a Alemania y a Austria, si no se les permite estar presentes y concurrir al debate. Mientras nosotros deliberamos aquí, yo he leído que en Alemania los obreros se ven forzados a trabajar nueve y diez horas al día. No perdáis de vista que la guerra actualmente ha cesado, y que, si la guerra ha cesado, los métodos de guerra deben también en lo sucesivo ser eliminados."

También hizo uso de la palabra el delegado español Alfonso Salas, quien manifestó que ellos no podían dar su voto para dejar fuera a Alemania, aunque al proceder así España perdiera su rango de octava nación entre los países más industriales.

El Barón de Planches, representante del Gobierno de Italia, terció en el debate manifestando que él bien podía comprender la indignación de Mr. Guerin, pues como italiano podía medir bien los sufrimientos del pueblo francés, pero que la política debe quedar enteramente fuera de las labores del Congreso.

Un representante de los patronos belgas, Jules Carlier, declaró que ellos no deseaban votar contra la admisión, inspirándose en razones económicas, pero que no deseaban votar a favor porque Alemania había violado cínicamente todos sus compromisos con Bélgica. Otros delegados belgas hablaron en el mismo sentido.

Sometida la cuestión a votación, resultó triunfante la admisión propuesta, con el solo voto en contra de Mr. Guorin.

El Tratado de Versalles y los Diputados Socialistas de Francia

El grupo socialista de la Cámara francesa, por conducto del diputado Ernesto Lafont, presentó protesta formal razonada contra la aprobación del Tratado. Este documento, publicado íntegro en el periódico francés «L'Humanite», es en sustancia como sigue:

"El partido socialista ha esperado hasta la hora de la ratificación para combatir y denunciar la reprensible práctica de la diplomacia secreta, primera violación de los catorce puntos del presidente Wilson. En este Tratado de Versalles ¿qué se ha hecho de las esperanzas y entusiasmos de los pueblos?

Esta paz

"El primer defecto grave del Tratado es su carácter parcial y fragmentario. ¿Qué hay acerca de los tratados con Austria, Bulgaria y Turquía? Nadie lo sabe. ¿Cómo podemos juzgar así del plan completo de política mundial en que hoy entramos?

"En ese Tratado se echa de menos una firma, del mismo modo que quedó sin ocupar un asiento de las Conferencias: la firma de Rusia. ¿Cómo puede pensar nadie seriamente que sea posible sin Rusia establecer el equilibrio y resolver definitivamente la suerte de Europa y de Asia?

"Por todas partes guerras parciales están teniendo lugar. Estas guerras son hoy locales, pero mañana, quizás, podrán extenderse más. ¿Puede una paz verdadera ir acompañada de violencias militares y económicas ejercidas para decidir sobre la suerte de los pueblos contra su voluntad?

"La Liga de Naciones que debiera ser la más alta garantía de paz ofrece a los pueblos la más cruel decepción. En su forma actual consiente que perdure el derecho a hacer la guerra y parece sobre todo un instrumento designado para la dictadura de las cinco grandes potencias, sin parar mientes en las aspiraciones de los pueblos mismos que son los únicos que podrían impartirle vida a tal documento.

"La Liga de Naciones no permite la entrada a los enemigos de ayer. Por encima de todo, continúa siendo una Liga de equilibrio, un gran vivero para perpetuar la guerra. Por virtud de su maquinaria las mortíferas prácticas de la diplomacia secreta quedan consagradas.

"El desarme general, que ha debido ser el objetivo esencial, se elimina del todo en esta nueva organización del mundo. La industria privada de los armamentos, con todos sus peligros y todas sus influencias criminales, continúa en pie. El imperialismo marítimo aparece triunfante sobre el principio de la libertad de los mares.

¿Qué se ha hecho el derecho de los pueblos?

"En el distrito del Saar, una población de 6,700,000 alemanes ha sido despojada de todos sus derechos políticos y una nueva simiente de discordia ha sido así sembrada.

"Al Austria alemana se le ha negado el derecho de disponer de si misma. Egipto ha sido definitivamente puesto en manos del protectorado inglés. Persia ha sido condenada a la absorción económica.

"En la resucitada Polonia se ha instaurado un nuevo imperialismo que es amenaza segura de continuas luchas territoriales producidas por la ambición del nuevo Estado de absorver territorios limítrofes contra el deseo de sus habitantes.

"En el Oriente, la posición del Japón en Korea y en Shantung, de un momento a otro puede dar lugar a una conflagración general en el Océano Pacífico, con las más pavorosas consecuencias.

Después de analizar el Tratado desde el punto de vista comercial y económico y calificarlo de desacertado y monstruoso, la declaración continúa así:

"Las tarifas aduaneras continuarán separando a los territorios. En los mercados del mundo seguirá la competencia tan reñida como antes, el círculo histórico continuará impertérrito: rivalidad comercial, tensión diplomática, estado de guerra.

Luego hace una crítica de las cláusulas del Tratado que se refieren al movimiento obrero, considerando éstas como completamente deficientes e inadecuadas. Y a nombre del partido, rechaza toda responsabilidad por el Tratado con estas palabras finales:

"Habéis deseado la gloria exclusiva de este Tratado. Nosotros os cedemos íntegras también las responsabilidades que de él se derivan."

El primer Congreso Internacional de Mujeres obreras

Este Congreso de Mujeres trabajadoras dió comienzo en Washington en la mañana del día 28 y en los salones del nuevo edificio del Museo Nacional.

Luther C. Stewart, presidenta de la Federación Nacional de empleados federales, pronunció el discurso de apertura, saludando a las delegadas en nombre del trabajo organizado de los Estados Unidos.

Después de este discurso breve de salutación, hizo uso de la palabra la presidenta del Congreso Mrs. Raymond Robins, quien dijo en parte:

"Nada más legítimo que las mujeres del mundo escojan esta hora para aceptar y asumir todas sus responsabilidades. Las mujeres son las constructoras de la especie; a nosotras es que se nos confía la protección de la vida. El orden social e industrial presente tiene que aceptar este hecho como base.

"No puede haber transacción alguna con la explotación de las mujeres, con las muchas horas de trabajo y los ínfimos jornales. No puede haber tregua en la lucha contra la falta de trabajo ni contra las pobreza que surge de las desastrosas condiciones sociales."

Respondiendo a una alusión de la anterior oradora, la señorita Margaret Bondfield, en represenación de las mujeres inglesas, dijo:

"Los ingleses están pensando en ustedes, en este acto que aquí se celebra, y tienen confianza en que las mujeres del mundo van a ayudar en la obra de edificar un nuevo tipo de civilización que elimine del todo las viejas y degradantes prácticas destructoras propias de la antigua civilización. Por poco que podamos hacer en punto a labor de construcción en una asamblea como ésta, al menos podremos lograr algo en el sentido de establecer corrientes de amistad, en fomentar el espíritu de cooperación, en despertar a una nueva consciencia social que en el porvenir se oriente resueltamente hacia aquellas cosas que son más necesarias a la vida. Y por supuesto, aquellas que como nosotros pertenecen al movimiento obrero no pueden menos de creer que lo que aquí hacemos es poner la primera piedra en el nuevo edificio social. A menos que nos unamos con una firme solidaridad, no podemos aspirar a poseer una verdadera civilización. Mientras el trabajador sea un esclavo, no puede hablarse de civilización."

Luego se dirigió a la concurrencia la delegada de la nueva república de Zchecoslovakia, la señora Louisa Landova Stycheva, quien dijo:

"Las mujeres de mi país se han unido en la labor de edificar un pueblo nuevo y libre y aun antes de que este sueño nuestro se realizara, habían tomado parte activa en las campañas revolucionarias de los líderes de la nación que luchaban por la igualdad política y económica de nuestros compatrtiotas. Los zchecoslovakios reconocen esta aspiración como base de nuestras instituciones y aspiran por lo tanto a la hermandad de todos los pueblos.

"Permitidme que a nombre de las obreras socialistas de Zchecoslovakia salude a las mujeres del mundo aquí reunidas de manera tan significativa y solemne. Yo espero que nuestras voces serán oídas... nuestras voces que claman juntas por un porvenir más feliz para todo el género humano, por una paz universal verdadera, y por la cooperación fecunda de todas las naciones en la obra común de mejoramiento y cultura que ha de llevarnos a una justa organización de la sociedad."

La señora Louisa Landova-Stycheva pertenece al partido demócrata social de su país y es miembro del parlamento zchecoslovakio.

Todos los discursos fueron traducidos al francés y al polaco.

Diez y siete naciones estaban representadas en esta sesión del Congreso, a saber: Francia, el Japón, Polonia, Suecia, Zchecoslovakia, Bélgica, Inglaterra, el Canadá, Italia, Argentina, Noruega, Dinamarca, Serbia, España, la India, Suiza y Estados Unidos.

Cada nación representada en la asamblea tiene derecho a diez votos.

Las cuestiones y reglas de procedimiento que han de discutirse serán determinadas de día en día. El plan del Congreso es actuar mediante las resoluciones e indicaciones que las delegadas vayan presentando y el resultado será la declaración de principios del Congreso sobre las cuestiones sociales y económicas del día.

Grandes aplausos estallaron al terminar su discurso la delegada inglesa. Luego se dejó oir la voz de Polonia, a nombre de la cual habló la señora Konopska, delegada polaca, quien a grandes rasgos trazó el cuadro del movimiento obrero y cooperativo en Polonia, saliendo a relucir el hecho de que en este país durante la guerra las mujeres habían establecido una fábrica cooperativa para la manufactura de uniformes, los que se les vendían al Gobierno. A partir del primer año de la guerra, todos los uniformes usados

No dar cuartel

(Reproducido del "Milwaukee Leader")

Leslie's Weekly, en un reciente editorial que lleva por título "No dar cuartel," dice: "Todo el mundo se pregunta por qué ha de haber agitación en un país tan próspero como el nuestro y que ha salido de la guerra con tan pocos daños. Se comprende que haya agitación en los países devastados por la gue-

¿Por qué, pues, esta agitación actual? La contestación es: por la propaganda extranjera."

A esta propaganda la llama «bolshevismo». Y continúa el editorialista asegurando que todo bolshevista extranjero debe ser deportado y que "todos aquellos bolshevistas nativos que atacan a su país, deberían ser puestos detrás de las rejas de un presidio, como la Goldman, Berkman y Debs lo están hoy. No debe dársele cuartel a ningún bolshevista, el más astuto y peligroso enemigo que la democracia ha combatido jamás."

¿Qué pensáis de un hombre que puede escribir en esta forma? Está demostrado que a un hombre se le puede alquilar para que escriba lo que se quiera. El hombre que escribió esto quizás no esté sujeto a la agitación social, pero creemos difícil que no se vea agitado tarde o temprano por el clamor de su conciencia. Este hombre pasa por alto cínicamente el hecho de que la agitación social es siempre causada por las privaciones y los sufrimientos.

Algunas personas disfrutan de buenas pagas, pero la mayor parte de los jornales de los hombres y las mujeres caen muy por debajo de la línea que marca el límite económico para una subsistencia decente. La subida del costo de la vida ha dividido el dólar en dos partes. Con un dólar sólo puede comprarse hoy la mitad más o menos de lo que podía comprarse hace algunos años. Los salarios no han seguido en su ascenso vertiginoso a los precios. Millones de gentes no están suficientemente alimentadas, ni vestidas, ni instaladas. Estas gentes no pueden pensar en educar debidamente a sus hijos. ¿Cómo esperar que no estén descontentas?

Pero se les insulta y maltrata porque desean una vida decente para sí mismos y sus familias y una oportunidad para sus hijos. Y se les califica de bolsheviquis. Y si han tenido la desgracia de haber nacido al otro lado del mar, se clama por su deportación inmediata. Si han nacido aquí, se demanda imperiosamente su encierro en un presidio. ¡Que no haya cuartel...!

Realmente, los plutócratas cometen un error cuando permiten a sus escritores escribir de tan grosera manera. Y este error lo cometen desde su popio punto de vista. Porque ¿qué demonios pueden sacar con esta práctica de insultar y de calumniar a millones de laboriosos pero descontentos hombres y mujeres de este país? Les aconsejamos que presten oído al antiguo adagio de «Dios ciega a los que quiere perder» y recuperen su sano juicio antes que sea demasiado tarde.

Declaración del ex-Premier Ministro Asquith

En un discurso que pronunció el día 21 de Octubre, Mr. Herbert H. Asquith, lider del partido liberal inglés y jefe del Gobierno en el momento en que estalló la guerra europea, hizo dos importantes declaraciones.

La primera fué acerca de las contribuciones, manifestando su opinión en estos términos:

"Es perfectamente claro que no podemos seguir imponiéndo más tributos a los artículos necesarios al sostenimiento y «confort» de la vida. No nos queda más remedio, por consiguiente, que escoger entre un aumento definitivo de la contribución sobre la renta, o alguna forma de impuesto directo sobre el capital acumulado o en proceso de acumulación."

La segunda fué acerca de la intervención en Rusia, manifestando:

"Después de un estudio de la situación económica, admitiréis que no puede ser más grave. Sólo en Rusia ha gastado el Gobierno después del armisticio la enorme suma de cien millones de libras. Este país no tiene absolutamente nada que ver ni que hacer con Rusia, en cuanto a influír en la opinión o conducta de aquel pueblo con respecto a su política doméstica interior.

"Es a ellos solos a quienes incumbe, y en manera alguna a nosotros, el resolver sus propios destinos. La forma bolshevista de gobierno me parece en algunos respectos una negación de los sanos principios de la democracia, pero yo sé muy poco, y quizás aun menos que poco, de lo que se supone ser un buen sustituto de este sistema."

La epopeya de Yudenitch.—Nueva y ruidosa caída de Petrogrado

Ahora sí que cae. Ahora sí que va de veras lo de la toma de Petrogrado. Esto era lo que decía todo el mundo cuando la gran factoría de bolegramas de Helsingfors volvió a hacer circular por el mundo el estrepitoso anuncio de que el gran Yudenitch, a la cabeza de un formidable ejército cosaco, había salido a conquistar Petrogrado. Y hasta los más incrédulos se rindieron cuando la Asociada nos comunicó poco después que oficialmente se había dado al público en la Bolsa de París la sensacional noticia de que, por fin, la ciudad pontifical del bolshevismo se había rendido. ¡Qué de alborozo, qué de

grandes letreros deslumbradores en los periódicos gordos cuya alma de tocino está toda en los anuncios!...

Por fin! por fin! bajo los cascos épicos de los piafantes caballos y al resplandor de las redentoras bayonetas cosacas, iba a florecer, en el suelo de la ciudad imperial, el dulce, el arcádico, el inefable reino de abundancia, de paz, de fraternidad, de dicha que, bajo el amparo protector de la Ley y del Orden, reserva la democracia occidental, nuestra alba y pura y limpia democracia (véase el caso de Hungría) a los pueblos arrancados al yugo del odiado bolshevismo.

Y se celebraron concilios, y se nombró al que había de ser Gobernador de la ciudad rendida, y se hizo la lista de los funcionarios principales del nuevo gobierno; y hasta se calculó lo que, en bien de la felicidad de los habitantes libertados, había de hacérseles pagar incontinenti en forma de un impuesto especial para el ejército libertador.

Pero, apenas habíamos tenido tiempo de saborear este nuevo condumio, otra vez tenemos que apechugar con la dura realidad, la que, en lugar de la toma de Petrogrado, nos presenta ¡ay! a esta ciudad muerta de risa al presenciar, no ya la derrota, sino ¡el copo y captura, por el ejrcito Rojo, del propio ejército del gran Yudenitch!

¿Hasta cuando nos seguirán tomando el pelo esos fabricantes de noticiones aposentados en Helsingfors? ¿Y cómo el mundo tolera por tantísimo tiempo que los grandes diarios le engañen sistemáticamente con tan cínico menosprecio de la verdad?

Lo que acaba de pasar con Yudenitch no es más que la repetición, aunque en una forma más sensacional, de la epopeya de Koltchack. Todos los días se nos anunciaba que Koltchack avanzaba con irresistible empuje sobre los desmoralizados y aterrados bolsheviquis, que iban de retirada en retirada. Pero luego resultó que había habido un pequeño error de información... que en realidad el que no había ganado para sustos y retiradas desde que comenzó la campaña era Koltchack. Pero las tragaderas del público son infinitas. Ya veréis como antes de quince días se nos prepara otra bola y nos la volvemos a tragar. Y si esto sucede con noticias de operaciones militares de tal calibre ¿qué no ocurrirá con las noticias—menos fáciles de comprobar—que se han hecho circular profusamente acerca de las fechorías bolshe viquis? Si el mundo fuera nada más que un poco sensato ¿qué créditto le iba a dar a estos informes propalados por gentes cuyo colosal cinismo les permite todos los días convertir las retiradas en avances y al capturado en capturador?

Estokolmo y Helsingfors, los dos grandes hornos donde se fraguan los noticiones antibolsheviquis, son hoy prácticamente rusa la una y alemana la otra. En la primera, en Estokolmo, residen los principales miembros de la nobleza, plutocracia y burocracia de tiempos del czar, grandes señores feudales todos, que no se resignan de ningún modo a la pérdida de sus enormes privilegios sobre las tierras y las almas de Rusia. Y en la segunda, en Helsingfors, tenemos instalados, por obra y gracia de las bayonetas alemanas, a los malhechores más sanguinarios que hubo jamás sobre la tierra. ¡Y es a estos dos centros de información a los que hemos dado la delicada y trascendental misión de enterar al mundo de lo que pasa hoy en Rusia!

La paz con Rusia.—La venda va cayendo

Tengo a la vista dos cables de la Prensa Asociada de los que se desprende... que hay que declarar bolsheviquis a Lloyd George y a los miembros todos del Consejo Económico que ha poco se reunió en Inglaterra con el fin de estudiar los medios de afrontar la tremenda crisis que hoy aflige al mundo. Estos señores del Consejo, que hemos de suponer fueron escogidos entre los más reputados financistas de hoy día, han declarado sin ambajas—así nos lo comunica la Asociada—que es necesario hacer cuanto antes la paz con la Rusia bolsheviqui, por cuanto este es el único medio de restaurar la vida económica de dicho país y permitirle que ponga sus inmensos recursos agrícolas al servicio del mundo.

Cuanto a Lloyd George, en un discurso que pronunció el sábado (8 de Noviembre) sostiene que los esfuerzos que hizo al comienzo de este año el Consejo Supremo en sentido de negociar la paz con la Rusia Soviet tendrán que reanudarse y que es probable que ahora se logre mejor resultado. (Qué esfuerzos serán éstos?).

¿Quiérese una condenación más aplastante que estas declaraciones recientes de la política que ha venido desarrollando hasta ahora el Consejo Supremo? Si la culpa de la actual crisis de producción y de crédito viene, como dicen los señores del Consejo Económico, del desequilibrio causado por las duras cláusulas económicas del Tratado con Alemania y de la guerra que se le ha venido haciendo por todos los frentes al bolshevismo ruso, ¿no equivale esto a formular contra los hombres del Consejo Supremo el más terrible de los cargos?

¿Qué tal, caballeros del avinagrado gesto que habéis venido gruñéndole sordamente a

CUASIMODO, por haber dicho de la política del Consejo Supremo lo mismo que hoy dicen los grandes financistas y el propio Lloyd George?

Pero... los golpes duelen, y los que acaban de recibir sucesivamente Yudenitch y Koltchack son de esos que no se olvidan. Lo extraordinario, sin embargo, de estos golpes tan imprevistos y dramáticos es que ya hace más de un mes habían sido previstos por un periodista americano llamado Robert Minor que, al igual de Bullit, tuvo ocasión de estudiar de cerca a las Soviets para decir después honradamente lo que vió.

He aquí las proféticas palabras de Minor, pronunciadas allá a principios de Octubre, en un mitin socialista de New York:

"El Gobierno Soviet es permanente y ya puede uno despedirse de la idea de que pueda ser derrocado mediante una forma cualquiera de agresión armada.

... ...

... ...

"Con perfecta confianza predigo que el reconocimiento de la República Soviet rusa por parte de los Gobiernos aliados tendrá lugar pronto.

... ...

"Lenin es uno de los más grandes políticos que ha producido Europa durante los últimos cincuenta años. La mayor parte de su influencia se atribuye a su extraordinaria firmeza de carácter y a su amplísima visión de los problemas políticos del presente.

... ...

"No existe hoy ejército alguno en Europa que no esté en peligro inminente de desmoronarse si se le envía a pelear con el ejército rojo.

"Lloyd Gibbons, corresponsal del «Chicago Tribune», cablegrafió hace poco a este periódico que todo cuerpo de ejército inglés enviado contra el Gobierno de la Rusia Soviet, se amotina en el puerto de embarque. La flota francesa enviada contra Odessa en el Mar Negro izó la bandera roja y se resistió a emprender operaciones.

"El ejército Rojo ruso está compuesto de un millón y medio de soldados bien disciplinados bajo el mando de oficiales jóvenes y expertos. Este es el único ejército en Europa hoy en que pueda confiarse como dispuesto a continuar obedeciendo las órdenes de su Gobierno. ¿Qué ejército podría enviarse contra él? Cualquier diplomático italiano que insinuara el envío de soldados italianos contra el ejército rojo, sería enviado inmediatamente a un manicomio.

"Lloyd George y Clemenceau han recibido su lección y no volverán a las andadas.

"El burgués Gobierno alemán que acaudillan ahora los socialistas traidores de muy buena gana querría conquistar a Rusia, pero no se atreve, porque, en primer lugar, sería derrotado más completamente que lo fué en la guerra mundial, y, en segundo lugar, tendría inmediatamente que vérselas con otra revolución espartacida en su propia casa.

"¿Y los americanos? Tampoco se muestran deseosos de ir. Los reclutamientos para Siberia han sido por docenas en vez de por docenas de miles. Y se necesitan millones de soldados para emprender la conquista de la Rusia bajo la bandera roja."

No hay que extrañar la pintura que nos hace Robert Minor del espíritu que anima al ejército Rojo que se bate en Rusia por todos los frentes. Es el mismo espíritu que hizo invencibles a los ejércitos que defendían contra los reaccionarios de entoces las conquistas de la revolución francesa. Las notas del himno de la revolución hacían más efecto en el campo enemigo que las municiones. Y es que entonces como hoy no hay soldado que se bata bien cuando el grito de guerra en el campo contrario es el de «Libertad, Igualdad y Fraternidad».

Un militar que también resulta profeta

El Coronel Roustam Bek, muy conocido y autorizado experto militar, en Octubre 29, en una interviú con un periodista de New York, hizo declaraciones semejantes a las que acabamos de transcribir.

"En «The Call» de Octubre 17, dijo, confirmé yo mi declaración anterior de que la aventura de Denikin en el Sur de Rusia correría la misma suerte que la de Koltchack, la que fué también pronosticada por mí en el número de Mayo 28.

"Hoy, a pesar del silencio de la prensa en torno de lo que está ocurriendo en Petrogrado, no me sorprendería que viniese la noticia de que las tropas de Yudenitch y Rodzenko han sido envueltas y aniquiladas enteramente.

"La indicación hecha recientemente en la prensa americana de que Yudenitch se movería a lo largo del río Volkoff hacia el lago Ladoga, me parece un chiste desde el punto de vista estratégico, toda vez que la Rusia Soviet, y especialmente esa parte de Rusia, está muy lejos hoy de ser un parque de recreo, especialmente para el ejército Blanco.

"Fué una suposición de las más estúpidas

y descabelladas la de que Petrogrado, que se estuvo preparando durante la guerra para resistir la invasión del ejército alemán, fuera a caer tan fácilmente en manos de las tropas de Yudenitch, que fueron hostilizadas en un encuentro con los Rojos que ocupaban Gdoff en su retaguardia y atacadas después por un fuerte ejército que llegó a Petrogrado procedente de Moscow y Novgorod.

"Por otra parte, yo he explicado ya en la prensa americana por qué la estrategia en la Rusia Soviet no aconseja que se proceda al ataque de ciudades o fortalezas fortificadas mientras haya fuertes ejércitos moviéndose en el campo enemigo. Tal ataque no ha sido nunca llevado a cabo y en toda la historia militar del mundo carecemos de un solo ejemplo de una fortaleza que, habiendo sido tomada en presencia de un fuerte ejército enemigo en el campo, haya sido retenida luego. Basta recordar Przemyl, Kars durante la guerra turca, y otros.

"Los aliados se equivocaron en este punto, del mismo modo que se equivocaron en cuanto a calcular la fuerza militar de Kronstadt. Kronstadt no hubiera podido ser tomada en ningún caso antes de caer Petrogrado. Kronstadt es una ciudad fortificada, que antes de la guerra tenía una población de sesenta mil almas, y está defendida por seis fuertes y cuatro baterías. Entre estos fuertes está el de Constantino que es el más poderoso y moderno. Todas las baterías están equipadas con cañones Krupp del último modelo. Además de estas baterías, hay otras siete que defienden las aproximaciones y el fuerte Krasnia Gorka que defiende la entrada por tierra, impidiendo el desembarque del enemigo. Todas estas fortalezas son de tipo bajo, bien protegidas por torreones y bastiones de concreto y absolutamente a prueba de bombas aéreas. Kronstadt está segura contra un ataque por mar.

"Resumiendo todas las noticias llegadas hasta hoy, considero que la aventura de los aliados con respecto a la toma de Petrogrado, es un fracaso.

"Los aliados deben reconocer a la Rusia Soviet. El bloqueo debe levantarse. Pourparlers diplomáticos deber ser iniciados en seguida con Rusia. Si no, los aliados tendrán sangre en las manos durante mucho tiempo todavía.

Mr. Bek, sonriéndose, concluyó así:

"Inglaterra será, andando el tiempo, la primera en decir: 'Nosotros salvamos a la Rusia Soviet, porque no dimos a tiempo el apoyo necesario a Denikin y a Koltchack.' "

La voz del Ecuador.—El derecho al trabajo.—El pedazo de pan

Fué una sorpresa muy agradable la que experimentamos al enterarnos de la gallarda actuación de un representante del Ecuador en el Congreso Internacional Obrero que se reunió en Washington el día 29 de Octubre. Aunque carecemos aún de información suficiente sobre el asunto—teniendo que atenernos a la muy lacónica del cable—no hay duda de que al doctor Elizalde, del Ecuador, corresponde el honor de haber planteado ante el Congreso dos cuestiones muy interesantes. La primera de estas cuestiones es la que se refiere a la admisión de algunas naciones que no se sabe por qué misteriosa razón habían quedado tácitamente excluídas de unas deliberaciones en las que por su índole especial podrían, en todo caso, faltar pueblos, pero nunca sobrar. Una de estas naciones excluídas era nada menos que Méjico, único país de esta nuestra retrasada América donde se han dado pasos efectivos en la senda de las verdaderas transformaciones sociales. Parece que al doctor Elizable se le ha contestado con la especiosa excusa de que Méjico no había solicitado admisión. Pero una mente imparcial no podrá menos de preguntarse con sorpresa si es que los demás países solicitaron previamente tal admisión. Tenemos entendido que no, que todos fueron invitados. Ni a la misma Alemania se dejó en el tintero. Entonces ¿a que esta actitud de exclusión tan reñida con el espíritu de ecuanimidad y universalidad que debe reinar en un acto así?

La otra cuestión que ha promovido el representante del Ecuador es nada menos que la del derecho al trabajo, esto es, la garantía extendida a cada individuo por parte de su Gobierno de que nunca carecerá de la oportunidad de conquistarse por medio del trabajo el pan nuestro de cada día. No hay duda de que el Congreso matará esta proposición sin miramientos, con la clase de muerte más fulminante que halle más a mano, porque ya sabemos a qué atenernos en cuanto a los puntos que calza el tal Congreso en materia de verdaderas reformas sociales, pero es bueno que se haya planteado y es muy halagador para Hispano-América que sea un ecuatoriano su propugnador.

¿No insisten constantemente los defensores del sanguinario orden social presente, los enemigos de todo avance que tienda a hacer

hombres de los que hoy son meros brazos, meros instrumentos de trabajo dedicados al acrecentamiento del capital de otro, en asegurarnos que bajo el actual sistema capitalista todo el que de veras quiere trabajar encuentra siempre donde emplearse y hasta dónde ahorrar? Pues si es así que el que no come es porque no trabaja y que el no trabaja es porque no quiere, ¿qué pierde un gobierno con asegurarle a cada quisque, de derecho, lo que ya le asegura, de hecho, nuestra «providente y excelente» organización social? ¿Qué se pierde con esta garantía adicional totalmente superflua? Al contrario, con la sola oportunidad de quitarles de la boca a los inconformes el argumento terrible de la inacción y el hambre forzosas para millones de seres humanos, calcúlese lo que ganaría el conservatismo.

Pero... ya vereis, ya veréis cuán lindamente se vá a pique en el Congreso la proposición. Y sin embargo... sin embargo... ¡Asombra y espanta pensar que después de tantos años de una civilización que se proclama cristiana haya todavía millones de hombres por toda la tierra en tal condición de desamparo y miseria que consideren como un bien, como una gran conquista, esto de que se les garantice el derecho a «trabajar» a cambio de un pan. El pedazo de pan, la mísera ración sustentadora, convertida por virtud de la distribución idiota de las energías y rendimientos sociales en la más exclusiva y apremiante de las preocupaciones, en el más extendido y absorvente de los ideales. Los más, precisamente aquellos de cuyo esfuerzo depende la salud y prosperidad del mundo, obligados, como los ratones, como las alimañas perseguidas, a no tener otro afán en la vida, ni otra preocupación, ni otro sueño que el alimento. ¿Qué de extraño tiene, pues, que una organización social que convierte a los hombres en alimañas ofrezca el horrible espectáculo de crueldad, de mugre y degradación moral que nos ofrece a diario la cristiana civilización en cuyo seno vivimos?

¡Derecho al vil y regateado salario de alguien, cuando debiera ser derecho a la vida, a la vida abundante, a la vida plena, garantizado a cada individuo por la sociedad, a cambio de dar cada cual a la sociedad su parte de trabajo!

Crisis de Maestros en los Estados Unidos

Según los informes recogidos por la Asociación de Educación Nacional en todos los Estados de la Unión, resulta que las escuelas públicas se abrieron en Septiembre con do empleados para llenar las vacantes, desprovistos de la necesaria preparación para su trabajo.

Los informes fueron recogidos entre 3,465 directores escolares de condados y distritos. El negociado de Educación en el Departamento del Interior de los Estados Unidos estima en 650,000 el número de puestos para maestros en las escuelas públicas de la nación. Se interrogó a los directores escolares sobre la relación entre los aumentos de sueldos a los maestros y el costo de la vida y 1,430 de ellos replicaron que los aumentos no habían guardado proporción alguna con el costo de la vida, al paso que 1,267 declararon que se habían visto forzados a disminuír los requisitos de ingreso con el fin de encontrar suficientes maestros. Además, 1,052 informaron que el número de maestros bajo la edad de 21 años va siendo mayor de día en día, y que las escuelas rurales están atendidas, por lo general, por muchachas que carecen de preparación profesional.

Los jóvenes ambiciosos de ambos sexos, según declaran 1,395 de los informantes, no encuentran ningún aliciente en la profesión, debido a los pequeños salarios que en ella se obtienen en comparación con otras ocupaciones. En los Estados en que los salarios son muy bajos, la falta de maestros se estima en un veinte por ciento, en tanto que en aquellas en que los salarios han sido subidos la falta es a lo sumo de un dos por ciento.

Los funcionarios directores de la educación nacional reconocen la gravedad de la situación y esperan que el pueblo despierte a tiempo para impedir un daño irreparable al sistema escolar del país.

La Situación Obrera en España.—Dos grandes editoriales

(De la Revista "España")

¿Guerra sin cuartel o guerra de derecho?

Los dos principios irreconciliables

Naturalmente, Barcelona no se transfigurará en Arcadia después de la reapertura de las fábricas y del reingreso de los obreros. Se ha dicho que la solución del conflicto no es paz perpetua, sino tregua efímera; que en el fondo es irremediable la lucha, porque son

las máquinas sea social—tal vez, de momento, sindical, propiedad de los sindicatos—y el de los que quieren mantener la propiedad privada. Pero Grullo comienza a descubrir el socialismo y el sindicalismo.

No, en efecto; la paz social es una quimera, en Barcelona como en el resto de España y del mundo. Los obreros no quieren conformarse ya con mejores jornales y mejores jornadas. Piden eso; pero cuando lo tienen, desean más. Desean que los instrumentos de producir y de cambiar, las fábricas y los ferrocarriles, el suelo y el subsuelo sean propiedad social, y sociales, repartidos equitativamente, los beneficios. No cejarán hasta lograr esto, como no cejaron hasta abolir la esclavitud en la antigüedad y la desigualdad de derechos políticos, frente a la aristocracia histórica, en la edad moderna. Ahora es la desigualdad de derechos económicos la que quieren destruír. ¿Cuándo conseguirán esto? No se sabe. La acción es infinitamente más lenta que la idea. Lo que en momentos parece cosa de meses, puede ser cosa de años, de decenios. Una revolución se gana a veces fácilmente en las calles y conquista palacios y formidables fortalezas sociales; pero obra con lentitud en los cerebros, cuya corteza es tan dura como la de la tierra y en ocasiones tan remisa a una evolución rápida. Pero la lucha está entablada, y no es una lucha de más o menos, sino de principios, una guerra larga donde, descontados los fines, por sabidos e irreconciliables, lo importante es la forma, el límite y el toño del nuevo derecho de la guerra social. ¿Ha de ser una guerra sin derecho y sin cuartel, a sangre y fuego, como la han hecho siempre los bárbaros—como la acaban de hacer los alemanes—o una guerra, aceptado lo fatal de su existencia, con sus leyes, reglas, buenas maneras y respetos, como lo han querido hacer siempre los temperamentos civiles?

La forma de la lucha

Los obreros, sin duda y en general, quieren combatir conforme a derecho. Sus trincheras son trincheras de derecho: derecho de reunión, de asociación, de propaganda oral y escrita, de huelga. La clase obrera, en España y en el mundo entero, quiere que su guerra, la guerra larga y penosa, sea lo más pacífica, lo más suave, lo más humana posible. La fuerza legítima y espontánea rara vez es violenta. El hombre fuerte no suele ser violento sino en la defensa y contra la injusticia. La conciencia de su propia fuerza le impide la agresión arbitraria, el abuso inhumano de su poder. Ese es el espíritu general de la clase trabajadora. Si alguna vez lo quebranta, como en Cataluña, hay que interpretar esos lamentables hechos aislados no como expresión de un espontáneo principio de lucha, sino como actos de defensa o represalia contra previos actos injustos.

La clase patronal se ha resistido hasta ahora a admitir una lucha de derecho. No quiere reconocer aún, o lo ha reconocido con repugnancia, el derecho de asociación, ni el derecho de reunión, instigando de continuo a los gobernantes a cerrar centros obreros y a prohibir mítines; ni el derecho de propaganda, so pretexto de que los que la ejercen son agitadores profesionales, cosa fatal mientras los rentistas no se dediquen a agitadores honorarios, como a policías; ni el derecho de huelga, combatido constante e indirectamente con las levas de esquiroles. Ha preferido una lucha de fuerza, aunque hay patronos bastante sensibles y modernos que reconocen la mayor humanidad e incluso la mayor conveniencia de una lucha en derecho.

El peor enemigo del Poder público

Pero quien más ha repudiado hasta ahora la forma jurídica en la guerra social, más aún que la clase patronal, ha sido el Poder público, por una parte tan esclavo del capitalismo que al menor conflicto se creía obligado a recurrir a la fuerza, y, por otra, tan esclavo de su ignorancia e inepcia que el menor incidente de la guerra social lo tomaba por terrible convulsión revolucionaria y no veía más instrumentos de pacificación que los máusers y las cárceles. Lo ocurrido en Cataluña es bien típico. Un normal estado de huelga basta para suspender las garantías constitucionales—ideal de la mayor parte de los gobernantes españoles—y declarar el estado de guerra, esto es, basta para abdicar abyectamente el poder civil en el ejército. Como es natural, el ejército no es un instrumento de diplomacia, sino de lucha violenta, y una vez que se ha recurrido a él—siempre indebidamente en los conflictos sociales—se comprende que se exaspere ante la ingerencia de los pusilánimes y presurosos en declinar todos los poderes en la fuerza armada. Romanones fué lanzado ominosamente por los militares; ¿pero no fué ese el justo castigo a un hombre que se titula liberal, por haberles llamado él mismo, precipitadamente, a intervenir y haberles dado el mando supremo en una cuestión puramente civil? Luego se ha visto que los militares por sí solos tampoco pueden resolver un conflicto social, ni por la fuerza, porque una huelga no es una batalla campal ni un objeto de la ciencia ni del arte de la milicia; ni por la diplomacia, porque en esta disciplina son profesionalmente incompetentes.

El derecho restaurado

Para remediar, aunque sólo sea de momento, la anomalía de Cataluña ha sido menester acabar por donde debió empezarse: por excluír al ejército de esa lucha civil mediante el levantamiento del estado de guerra, y por poner en libertad a los obreros presos, por medio de un indulto, esto es, por restaurar el estado de derecho, que el propio Poder público había destruído, en la perenne guerra social. Esa doble restauración, la del poder civil y la del derecho ya vigente en las luchas industriales, es la que debemos al gobierno del señor Sánchez de Toca.

No es mucho; pero hemos llegado en España a tal grado de anarquía y violencia desde arriba, que el menor acto de normalidad civil, por parte de un gobierno, nos parece extraordinario, como el enfermo crónico que un día, por excepción, advierte en su organismo cierta normalidad fisiológica. La solución del conflicto de Barcelona no es, claro está, una solución definitiva, no es la victoria de un fin, que en la guerra social, repetimos, no existe más que en el infinito; pero, en cambio, es el triunfo de algo no menos importante, de algo que también es un fin en sí: el triunfo de un método de lucha en derecho. Ha restablecido el derecho en la guerra social de Cataluña; ahora puede continuar la lucha jurídicamente, y al gobierno no le incumbe otra función que la de suavizar imparcial e inteligentemente las batallas y cuidar que los bandos no se salgan nunca del ya imperante derecho de guerra, y, sobre todo, no salirse él nunca.

¿Adelante o atrás?

Se habla otra vez de crisis. No nos inquietarían estos gárrulos rumores si la crisis que sobrevenga a este gobierno fuese para dejar paso libre a otros hombres todavía de más sensibilidad moderna que el señor Sánchez de Toca, más independientes de los intereses creados, más radicales en la concepción jurídica de la sociedad, más capaces de creación y trabajo en el difícil arte de la política. Pero si la crisis es para regalar de nuevo con el Poder a los que han fracasado docenas de veces en él, a los bárbaros que en la guerra social no admiten ley ni regla, a los anarquistas desde arriba, a los insensibles para todo lo moderno, a los eternos tontos e icompetentes, cuando no instrumentos de una insaciable sevicia, a los Maura, Dato o Cierva, a los liberales de nombre, prehistóricos de espíritu; si hay crisis y es para eso, no habrá que sorprenderse de que en Cataluña y otras partes de España se recaiga en una guerra social *sin derecho ni misericordia*, estimulada, en vez de evitada, por la torpeza o la brutalidad de los futuros gobiernos. Pero la culpa no habrá sido, ciertamente, de la clase obrera, sino de quienes sólo saben hallarse con gobernantes que gozan del privilegio de abrazar en sus personas nada menos de cuarenta siglos: sus cuerpos viven en el siglo XX de la era cristiana, pero sus espíritus pertenecen lo más aproximadamente al siglo XX antes de Cristo.

Elogio del Patrono español

LEOPOLDO ALAS ARGUELLES

El espectáculo, en apariencia deplorable, que están dando estos días los patrones españoles me ha confirmado en una idea que ya se me había ocurrido hace mucho tiempo, pero que nunca ví mejor confirmada que en estos históricos momentos. Es un gravísimo error y una enorme injusticia atribuír a nuestros patronos toda la serie de faltas y máculas que muchos elementos de la izquierda les echan encima. Lejos de ser lo que algunos se figuran, nuestros industriales, fabricantes, tenderos, etcétera, están a mil codos de altura por encima de sus colegas extranjeros. Son Quijotes en carne y hueso, son la representación del idealismo que parecía haber abandonado para siempre este prosaico planeta.

No cabe duda de que a los ojos del espectador poco atento e incapaz de penetrar en lo profundo de las intenciones la conducta de los patronos españoles es criminal y es absurda, pues al intentar destruír las asociaciones obreras y querer que todo siga como antes no sólo atacan al derecho de otros hombres tan dignos como ellos sino que corren peligro de arruinarse y de perderlo todo por querer un poco más de lo que hoy por hoy nadie les niega ni disputa seriamente. Pero precisamente lo absurdo de tal conducta, verdaderamente desatinada en quien solo sea industrial, hace pensar en la existencia de otros móviles distintos de la codicia ruín y del ánimo del lucro. Un burgués de otras tierras, un industrial a la europea, es decir, un hombre que solo pensara en obtener de sus fábricas la mayor ganancia posible y para ello se rompiera los cascos estudiando los progresos aplicables a su negocio y los mercados mejores para vender los productos de sus máquinas, no tiene inconveniente en transigir con sus obreros y en aumentarles el jornal y permitir que se asocien y que piensen como quieran con tal de que esa conducta sirva para evitar mayores pérdidas. Mas para proceder así hace falta ser un hombre sin dignidad y sin ideales nobles. El mercachifle de por esos mundos es capaz de eso

y mucho más, pues todos sabemos de sobra que en todas partes está ya la gente entregada al más grosero positivismo y sólo se piensa en las ganancias y en los placeres que ellas pueden proporcionar a los favorecidos por la suerte. Aquí, por fortuna para nuestro buen nombre, se piensa y se procede de otra manera. Cuando la historia nos haga justicia tendrán los hombres que reconocer en los patronos de España seres de naturaleza muy superior y de una moral y un idealismo como no existieron nunca. Si aquí ocurre lo que ocurre no es porque nuestros patronos no conozcan perfectamente lo que hay fuera de casa, sino porque su misión, tal como ellos la comprenden, es muy distinta y muy superior a la del que piensa únicamente en ganar unas monedas.

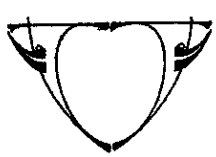
Fijémenos en lo que aquí pasa y veremos cómo están en un error los que atribuyen a nuestros patronos toda clase de defectos.

Todos sabemos que es vieja virtud, y por cierto muy arraigada entre nosotros, la de no conceder gran importancia a los bienes materiales. Somos en este punto completamente evangélicos, en el sentido católico de la palabra, pues sin preocuparnos de lo futuro dejamos que a cada día le baste su propio afán y procedemos en la vida como si estuviéramos seguros de que no iba a dejarnos morir de hambre y desnudez el que alimenta a los pájaros que no trabajan y viste a los lirios que no tejen. Pues bien: ¿quién practica esta virtud entre nosotros mejor que los patronos tan calumniados? Ellos son sobrios y en su sobriedad no se preocupan apenas de mejorar sus industrias para que puedan competir con las de fuera y proporcionarles así una ganancia más grande. Sería ofender a Dios dudar de su bondad infinita y temer que por falta de estudio y preocupaciones se fueran a hundir nuestras industrias. Todo lo más que se hace, para que no digan los demás que abandonan sus negocios, es pedir la protección del Arancel, con lo que ahorrándose mil quebraderos de cabeza al suprimir la competencia, pueden dedicarse a la patriótica tarea de salvar al país desde los escaños del Congreso o también a velar por las costumbres de nuestros descarriados obreros impidiéndoles con saludables amenazas de expulsión que ingresen en nefandas asociaciones copiadas del extranjero. Podrán muchos descontentadizos europeizantes pesimistas encontrar mal todo esto. Podrán decir que es impropio de un industrtial verdadero no luchar por la conquista de mercados y no buscar en el perfeccionamiento de la maquinaria, en el abaratamiento de los transportes, en la organización del crédito y de toda la economía nacional un aumento de los beneficios y una mayor posibilidad de progreso de la industria. Todo esto son tonterías de gente que ha perdido en sus lecturas o en sus viajes el verdadero espíritu nacional que hoy encarnan los patronos. Saben estos bien lo que hacen y no tienen por qué recibir lecciones de nadie ni para qué descender a las groseras preocupaciones materiales que suelen embargar el ánimo de sus colegas de extranjis.

No sólo la propia sobriedad, la falta de amor a las riquezas, impulsa a nuestros patronos a proceder del modo que proceden. Proceden así también por amor a los humildes, por su deseo de salvar el alma del pobrecito obrero, aunque el cuerpo padezca con ello necesidades sin cuento.

Si fueran nuestros patronos como son los de otras partes, transigirían muchas veces, para evitar así mayores pérdidas, con las pretensiones de los obreros. Gracias a Dios no es así. Impulsados por su amor a los humildes hacen todo lo posible para apartarlos de la senda del mal aun a costa de los propios intereses. Todos sabemos de fabricantes que han prescindido de los servicios de sus más hábiles operarios, tan sólo porque éstos pertenecían a partidos políticos abominables, con lo que la producción se resintió tanto que se puso el negocio a dos dedos de la quiebra. Otros industriales extranjeros admitieron sin escrúpulo ninguno a aquellos terribles seres capaces de sembrar las venenosas doctrinas entre los demás compañeros de trabajo. Tanto peor para su alma. Los españoles que de modo tan gallardo pusieron su propio negocio en riesgo pueden tener la conciencia tranquila y mirar por encima del hombro a los de cualquier país más adelantado en apariencia. Tan arraigado está entre nosotros el deseo de contribuír a la salvación espiritual del proletariado, que hasta compañías poderosas, en las que muy bien pudiera estar atenuado el noble sentimiento de la piedad, proceden en este puntto con la mayor actividad y el más ardiente celo, como lo prueba la conducta de la Compañía del Norte prescindiendo de miles de ferroviarios cuando más falta le hacían. Y ya que he aludido a tan meritorio acto, bueno será hacer constar la nobilísima conducta del resto del pueblo español, que, comprendiendo la necesidad del castigo, para saludable ejemplo, no puso el menor reparo y soportó gustoso y sin quejarse todas las molestias, carestías, escaseces, catástrofes e incomodidades que del hecho aquél se derivaron.

Y no sólo velan nuestros patronos por la salud espiritual de sus obreros, sino que procuran también que los demás no caigamos en las garras del pecado. ¿Cómo? Muy senci-

llamente: impidiendo que por exceso de comodidades y por disfrutar con demasiada abundancia de los regalos y mimos de la civilización material incurramos en la afición a los placeres, tan dañina para el alma. Por eso han procurado en todo tiempo que las cosas sean caras y malas, a fin de que no abusemos de ellas. Antes de la guerra, en otros pueblos, el productor buscaba al consumidor y procuraba por todos los medios a su alcance que éste adquiriera sus productos. Para ello los abarataba en lo posible y hacía cuanto estaba de su mano para estimular la adquisición. Llamar la atención del público, atraerle para que comprara, constituía la obsesión de todos los comerciantes. Aquí por el contrario, dignos y nobles, los productores hacen cuanto pueden por encarecer sus mercancías y evitan cuidadosamente todo aquello que pueda facilitar la adquisición de sus géneros por el mayor número posible de personas. Si comiéramos bien y barato, si vistiéramos con buenas telas, si habitáramos en casas higiénicas y bien amuebladas, si viajáramos en ferrocarriles rápidos y de reducidas tarifas, es seguro que por lo que toca al cuerpo estaríamos mejor, pero el alma correría grave peligro. También los industriales y fabricantes que ahora no hacen tan buenos negocios como los hacían antes de la guerra sus compañeros de otras partes, verían aumentadas sus ganancias, como las vieron aumentadas las compañías de ferrocarriles cuando establecieron los billetes kilométricos (por lo cual procedieron sabiamente dificultando su adquisición a fin de que los españoles no incurriéramos en el feo vicio de viajar), pero lo primero es lo primero, y como antes está el alma que el cuerpo nuestros industriales no vacilan en sacrificarse por el prójimo. En su celo hasta llegan a impedir que surjan competidores menos escrupulosos y capaces de abaratar aquello de que no conviene en modo alguno que la gente use con frecuencia. Por eso nuestras muy amadas compañías de ferrocarriles impiden durante años y más años que se conceda la construcción de líneas que ellas no piensan nunca construír.

Acaso algún lector tome a broma todo lo que estoy diciendo. No hay tal cosa: esto es serio y muy serio. Pruebe el lector si no a explicarse de otro modo la actual conducta de los patronos españoles, que es su conducta de siempre, y no le será posible hacerlo si ve en ellos industriales atentos principalmente a la ganancia como los de otros países. Porque si nuestros industriales buscan hoy algo que no sea un provecho espiritual para ellos y los demás, sacrificando a su propósito todos los intereses materiales, hay que convenir en que están absolutamente locos. Si es que su propósito consiste en ganar dinero, debemos reconocer que nunca se ha visto en el planeta conducta más desatinada y más absurda. No puede ser; estamos ante un caso de admirable sacrificio colectivo en aras de un ideal no comprendido por los contemporáneos. Reconozcámoslo así sinceramente y al ver en nuestra amada patria tal florecimiento de espiritualidad proclamemos su grandeza y su evidente superioridad sobre todos los países. Renunciemos a verlo todo mal e ingresemos de una vez y para siempre en las filas del optimismo, en las que, dicho sea para estímulo de quien pueda estar rehacio, militan ya hace tiempo españoles muy representativos y muy empingorotados personajes.